



---

## *Las guerras no detenían el desenvolvimiento de México*

---

- Aunque al terminar la cuarta década del siglo XIX, la república mexicana daba idea de agotamiento como conse-

<sup>1222</sup> Oaxah L. Jones, *Santa Anna*, N. York, 1968, p. 78

<sup>1223</sup> *Ibidem*

<sup>1224</sup> Apud Blanchard

<sup>1225</sup> A. Carreño, *Jefes del Ejército*, p. xcvi; M. Rincón, *Defensa, Méx.*

<sup>1226</sup> *Colección de Leyes y Decretos*, Méx., 1852, pp. 381, 386

cuencia de sus dos guerras extranjeras y los numerosos alzamientos domésticos, lo cierto es que el mundo social entregado al progreso estaba organizando y dando altura al país.

México virtualmente se hallaba dividido en cuatro grandes porciones: la oficialista, la eclesiástica, la empresaria y la popular: y si la primera vivía entre las humeantes ruinas producidas por los negocios políticos intestinos, la segunda sólo procuraba llevar el cristianismo al altar mayor de un Estado endeble.

El tercer grupo, alejado de los dos anteriores estaba dedicado por entero al ahorro y a la explotación del hombre por el hombre, haciendo omisión de quienes en disputas más o menos sangrientas ambicionaban el mando y gobierno de la nación y construía una sociedad para lo futuro, sobresaliendo el proyecto de fabricar una burguesía que más adelante capturara el Poder mediante una evolución pacífica. Por lo que respecta a la porción popular, esta vivía ajena a lo que sucedía en las tres primeras.

Pues bien: a estas marchas se adelantaría de manera extraordinaria la clase selecta que se dirigía a integrar, aunque con lentitud, la clase burguesa de México y esto no por medio de meras representaciones o proyectismos con visos de fantasía, sino poniendo en juego la imaginación creadora; ahora que como el pueblo nativo de México era de muy escasa inventiva, la batuta de los negocios privados la llevaban los extranjeros o los hijos de extranjeros sin hacer más daño que cubrir al país con una inmensa cúpula de acero; aunque también el excesivo lujo que tales empresarios habían introducido al país, produjo un caos moral que costó tantas aflicciones familiares <sup>1227</sup>

En medio, pues, de lo considerado caótico, se desarrollaron en grande la enseñanza pública, las artes y letras, la agricultura, la minería, la imprenta, los establecimientos in-

<sup>1227</sup> Vide, L. Alamán, *Historia*, Méx. 1852, v, 917

dustriales, el periodismo, el artesanado. Los precios del vestido y alimentos, bajaron. Los teatros, centros y en general las diversiones, tuvieron público. Hermoseáronse México y Guanajuato. La sociedad que estuvo politizada durante el iturbidismo, en 1840 se manifestó ajena a la política. Los individuos de mediana fortuna empezaron a asociarse a los acaudalados anteriormente extraños a las necesidades de hombres y república <sup>1228</sup>.

“En medio de tantas causas de atraso, el país ha hecho sin embargo notables progresos no tanto debido a los impulsos del gobierno, más bien venciendo los obstáculos que las instituciones y las dificultades políticas le han opuesto,” escribió don Lucas Alamán, no obstante que se contaba entre los individuos del pesimismo nacional <sup>1229</sup>.

En esos años de guerra y pestes, el crecimiento demográfico constituyó uno de los primeros síntomas de progreso; pues luego de instituido por Lucas Alamán el departamento de estadística, el 2 de marzo de 1831 se procedió a hacer el censo de la república bajo la dirección de don Antonio José Valdés. Este, sólo teniendo en cuenta el número de familias <sup>1230</sup>, estableció que la población de México era de seis millones trescientos ochenta mil doscientos setenticuatro habitantes <sup>1231</sup>; y en 1836, ya con mayores instrumentos científicos, el número de mexicanos sumó siete millones ochocientos cuarentitres mil ciento treintidós <sup>1232</sup>.

La población en el censo efectuado por el conde de Revilla Gigedo en 1793, dio un aumento de uno y medio por ciento; en tanto que el de 1831 aumentó a dos por ciento, de manera que los cálculos científicos del 1838 acrecentaron la población a nueve millones cuatrocientos treintinueve mil, setecientos treintiún habitantes <sup>1233</sup>.

<sup>1228</sup> *Ibidem*, 912 y ss.

<sup>1229</sup> *Ibidem*, 914

<sup>1230</sup> Alamán, *Memoria*, 1832

<sup>1231</sup> *Ibidem*

<sup>1232</sup> *El Ateneo*. Méx., 1844, p. 296

<sup>1233</sup> *Ibidem*, 297

A ciento cuarenticinco mil ciento ochentidós personas llegaba la población del estado de Chihuahua, en 1833 <sup>1234</sup>; a doscientos cincuenticuatro mil setecientos cinco la de Sonora-Sinaloa <sup>1235</sup>. La ciudad más importante en Chihuahua, por lo que hacía a sus habitantes, estaba en Batopilas que tenía quince mil ochocientos cuarentisiete almas <sup>1236</sup>.

Tal crecimiento demográfico daba muchas esperanzas al país: pues si es verdad que la mortalidad infantil abría grandes huecos en la población, esto debíase a la escasez de medicamentos <sup>1237</sup>; ahora que no eran tanto las enfermedades comunes la causa de las numerosas defunciones como el azote de las pestes.

Por descuidar o ignorar el uso de la vacuna, en septiembre de 1830 la viruela hizo grandes estragos en Zacatecas <sup>1238</sup>; y cuando el estado se reponía del mal, llegó la peste del cólera en 1833, que causó en un solo mes cinco mil víctimas en Aguascalientes; doce mil en Zacatecas.

Aquí, la epidemia produjo el pánico del vecindario. Los "continuos rezos (y) alabados . . . y el clamoreo . . . de las campanas" causaban consternación. "En algunos lugares . . . los muertos eran sepultados en zanjas" <sup>1239</sup>.

El número de soldados víctimas del cólera durante la campaña de Santa Anna contra el gobernador García es ignorado, lo mismo en Michoacán donde el mal fue detenido gracias a la previsión del gobierno, que recomendaba el cloruro de cal, las sanguijuelas, el láudano y la nieve en greña, mientras las autoridades eclesiásticas acrecentaban las "rogativas públicas, misas, triduos, novenarios, procesiones". En la ciudad de México los facultativos M. de Jesús Fables e Ignacio Guerra atribuyeron la peste a la carne de cerdo y a los condimentos <sup>1240</sup>.

<sup>1234</sup> *El Telégrafo*, Méx., t. III, Núm. 39

<sup>1235</sup> "Idea General", en *El Telégrafo*, Méx., 2 oct. 1833

<sup>1236</sup> *El Telégrafo*, III, 39

<sup>1237</sup> L. Alamán, *Memoria*, Méx., 1830

<sup>1238</sup> Amador, II, 372

<sup>1239</sup> *Ibidem*, 396, 397

<sup>1240</sup> Romero Flores, II, 754, 755; A. Garay al Ayuntamiento, Méx., 11 sept. 1833, Ms. s.n. Arch. Municipal

La mayor mortalidad se produjo en el arzobispado de México, que comprendía el Distrito Federal y al estado de México. Aquí el número de defunciones ascendió a veintisiete mil ochocientas <sup>1241</sup>.

Durante aquellos angustiosos días, el presidente Gómez Farías expidió un decreto con motivo del aniversario de la Constitución de 1824, donando diez mil pesos como obsequio a la pobreza doliente <sup>1242</sup>. Pero ni esto ni todos los establecimientos de beneficencia en la ciudad de México sirvió para detener la epidemia <sup>1243</sup>.

Tan terribles bajas apenas eran repuestas con los nacimientos y la colonización. Sólo en Texas entraron de distintas partes del mundo cuarenta mil individuos, durante el año de 1834 <sup>1244</sup>.

Muy liberales fueron las leyes de colonización desde 1828. Don Lorenzo Zavala propuso al Congreso, como estímulo a los inmigrantes que se aboliese la prohibición a los extranjeros de adquirir bienes raíces <sup>1245</sup>, pero el Congreso rechazó el proyecto. Así y todo, en 1831 desembarcaron en Coatzacoalcos cientos de inmigrantes especialmente franceses e italianos que fijaron residencia en las cercanías de la población; otros marcharon a Durango y Coalcomán, donde establecieron ferrerías <sup>1246</sup>, y dos años después la fragata francesa *Aguila Mexicana*, trajo de Francia una buena cantidad de colonos, entre quienes había labradores, sastres, pintores, cocineros, cerrajeros, jardineros, zapateros y carpinteros <sup>1247</sup>.

Todos estos extranjeros se establecieron en la ciudad de México, donde abrieron comercios y talleres, que dieron prosperidad al Distrito Federal, desconociéndose quiénes lograron hacer fortuna.

<sup>1241</sup> "Estado que manifiesta", en Bocanegra, II, 481-483

<sup>1242</sup> V. Gómez Farías, *Decreto*, Méx., 3 oct. 1833

<sup>1243</sup> Vide, J. de D. Peza, *La Beneficencia Pública*, Méx., 1881

<sup>1244</sup> "Estadísticas", en *El Instructor*, Londres, 1835, t. III, 375, 376

<sup>1245</sup> Congreso, *Proyecto*, 15 oct. 1833

<sup>1246</sup> *El Telégrafo*, t. III, núm. 1

<sup>1247</sup> *Ibidem*, 15 nov. 1833

Los enriquecidos en tales días fueron las familias mexicanas Amor, Escandón y Arango <sup>1248</sup>. Don Manuel Gargallo estaba entre uno de los primeros millonarios <sup>1249</sup>. Reunió dinero vendiendo en México y otros países, el cacao que compraba en Guayaquil <sup>1250</sup>. La fortuna de don José María Flores provino del monopolio que hacía de las zafras del ingenio que el convento de Santo Domingo poseía cerca de Cuernavaca <sup>1251</sup>.

Consecuencia también de la inmigración fue el desarrollo del teatro. Don Lucas Alamán, desinteresado protector de las artes bellas, viendo el atraso en que se hallaba el teatro en el país dispuso que se dedicasen veinte mil pesos para el fomento de los espectáculos teatrales <sup>1251</sup>. Además, mandó que el cónsul en París Tomás Murphi procediera a contratar actores y actrices en Francia e Italia, para que sus representaciones sirviesen a la "ilustración del pueblo mexicano" y contribuyeran "al brillo y esplendor de la ciudad de México" <sup>1252</sup>.

Logróse así que viniera la compañía de ópera de Filippo Galli, pero tanto su elenco como su repertorio tenían mucho de pobreza. Luego llegó el circo de Mr. Charles Green <sup>1253</sup>.

Tales espectáculos no catequizaron a la gente rica ni a la pobre, que sólo gustaba de la cohetería como diversión. De esto vino el entusiasmo que produjeron las ascensiones aerostáticas <sup>1254</sup>; ahora que el paseo popular, especialmente durante la pascua, estaba en el paseo de Belén al que llamaban *Pradito de Belén*. A la altura de la hoy calle Balderas y Avenida Chapultepec, "las vacas y las cabras y borregos" dejaban los potreros para los paseantes que eran "artesanos, empleados de poca fortuna, niñeras, sacristanes

<sup>1248</sup> Depósitos, Méx., 16 enero, 1834. Protocolo Calapiz, ff. 56-57- Ms. Arch. Notarias

<sup>1249</sup> Compromiso, Méx., 30 abril, 1834. Prot. Calapiz, ff. 300-403. Mss. Arch. Notarias

<sup>1250</sup> Contrata, Méx., 10 abril, 1833. Prot. Calapiz, ff. 247 y ss. Mss. Arch. Notarias

<sup>1251</sup> Sria. de Relaciones, Decreto, Méx., Enero 5, 1831

<sup>1252</sup> Registro Oficial, Méx., 16 abril, 1831

<sup>1253</sup> E. Olavarría y F., *Reseña Histórica*, Méx., 1895, t. I, 320 y ss.

<sup>1254</sup> Vide, A de María y Campos, *La Navegación Aérea*, Méx., (1944).

y peladaje arriscado con guitarras y bandoleones, arpas y dulzainas para armar fandangos al aire libre” 1255. El paseo comprendía las calles de Arcos de Belén desde San Juan de Letrán a Balderas.

No era ese el único paseo para los habitantes de la ciudad de México; pues para la población más acomodada, San Angel y Tizapán ofrecían mayor número de placeres. San Angel estaba situado en medio “de un laberinto de verjales, de huertas . . . de lomeríos y paisajes deliciosos” 1256. Tizapán tenía el atractivo de “sus bosques sombríos de manzanos” 1257.

De México a San Angel corrían carros cargados de sillas; ómnibus con cuatro mulas y jinetes que iban caracoleando sus caballos, “los niños en gran lance campestre”, las niñas “adoptando el rebozo popular”; los criados acarreado maletas y alimentos, constituían el espectáculo central de los “días de campo” 1258.

Por la noche, los mayores se reunían en la casa del señor Bocanegra, o del general Valencia, o de los hermanos Suárez. Allí se jugaban malilla, tresillo y prendas; se cantaba y bailaba 1259.

Aunque grande era el repertorio de mazurcas, se debió a Andre Pautret la introducción de los bailables franceses. Pautret inauguró una sala de baile en la calle del Refugio (hoy 16 de Septiembre), donde diariamente reinaba la alegría, mientras en la calle Zuleta (hoy Venustiano Carranza) estaba la exhibición de un ferrocarril en miniatura donde cobraban la entrada a dos reales 1260; pero el teatro social de la bohemia ilustrada y de una naciente burguesía estaba en el café *La Gran Sociedad*, que fue reabierto al final del 1833, después de ser reformado 1261.

1255 G. Prieto, *Memorias*, Méx., 1906, 119 y ss.

1256 G. Prieto, *Memorias*, 1948, t. I, 103

1257 *Ibidem*, I, 104

1258 *Ibidem*, I, 105

1259 *El Telégrafo*, Méx., 16 nov. 1833

1260 *Ibidem*, 26 oct.

1261 *Ibidem*, 3 oct.

El meollo de la diversión de los altos funcionarios públicos y de la pequeña burguesía estaba en Tlálpan. Allí, durante las fiestas de pascua, desde el presidente de la república hasta el más triste ciudadano, se olvidaban de sus ocupaciones para entregarse a toda clase de entretenimientos:

“Mesas de juego cubiertas de oro y plata circundadas por empleados, fabricantes, labradores, militares, clérigos, religiosas, ministros de las naciones amigas . . . apostando a una carta desde tres pesos hasta 500 y más onzas, sin temor, sin hacer un movimiento desagradable . . . Una plaza en forma de anfiteatro (en el gran atrio de la iglesia parroquial) dentro de la cual dos o tres mil personas apuestan gruesas sumas sobre la vida o la muerte de los arrogantes gallos que pelean . . . Una hermosa colina . . . cubierta de concurrentes de ambos sexos . . . músicos de viento y cuerda, bailes, juegos inocentes de los niños hacen estos días de aquel lugar uno de los más vistosos del mundo” <sup>1262</sup>.

Conforme avanzaban las semanas, los teatros enriquecían sus espectáculos. El antiguo palenque de gallos en la calle de las Moras (hoy Colombia) transformado en teatro, dio albergue hacia 1836 a una compañía de ópera organizada por el señor Gorostiza, en la que rivalizaron las voces y bellezas de la Albini y la Cesari y en la que la flor y nata del foro y de la Iglesia y contándose entre sus caudillos diputados y ministros “tomó partido por una y otra por lo cual dentro y fuera del teatro llovían disputas y palizas” <sup>1263</sup>.

Hacia esos días fue famoso José Chávez como primer violín; y llegó a México el compositor Antonio Rossini, quien dirigió sus propias óperas <sup>1264</sup>.

La concurrencia tomaba su merienda en los palcos y asistía al propio teatro de las Moras a los coloquios y pastorelas y a las prestidigitaciones del italiano Castelli <sup>1265</sup>.

<sup>1262</sup> Malo, ob. cit., t. 1, 147-148

<sup>1263</sup> Prieto, Ed. 1948, t. 1, 185-188

<sup>1264</sup> Ibidem, 186

<sup>1265</sup> Ibidem, 185

El mundo mexicano parecía ávido de diversiones. Así cualquier suceso público, motivo de fiesta. El triunfo en 1830 del rey Luis Felipe, considerado como la derrota de los Borbón, fue celebrado "con alguna pompa" en Zacatecas <sup>1266</sup>.

A la llegada a la ciudad de México en 1839 de doña Inés García, esposa de Santa Anna, se reunieron los jefes de las corporaciones, los generales, la oficialidad y todas las músicas militares, para festejarla <sup>1267</sup>.

Atraían a la gente Willis y Powell como domadores de caballos "brutos y broncos" <sup>1268</sup>; y el triunfo de Santa Anna en Zacatecas, mereció gran función de toros, iluminación de la plaza de Armas, fuegos artificiales, suntuoso baile en el Palacio Nacional con seiscientos invitados, iluminación de las casas particulares y sangría para todos, pues contribuía al festejo el que llenaran de vino las fuentes de la Alameda <sup>1269</sup>.

Las fiestas nacionales fueron objeto de una reglamentación especial. Una gran procesión, precedida por las mazas de la Universidad, y en la que formaban todos los funcionarios públicos, partía de Palacio para dirigirse a catedral. Así comenzaba el programa <sup>1270</sup>.

También las funciones teatrales quedaron reglamentadas en 1835. Diez capítulos formaban en la ley, prohibiéndose lo mismo las manifestaciones ruidosas del público que el arrojar impresos al lunetario <sup>1271</sup>.

Y no sólo en la capital eran inauguradas salas de espectáculos. Zacatecas abrió las puertas de su teatro Calderón en 1833, después de dos años empeñados en su construcción <sup>1272</sup>.

<sup>1266</sup> Amador, ob. cit. II, 372

<sup>1267</sup> Malo, I, 169

<sup>1268</sup> *El Telégrafo*, Méx., 9 Dic. 1833

<sup>1269</sup> Malo, I, 102

<sup>1270</sup> Dublán, ob. cit., 57-58

<sup>1271</sup> *Ibidem*, 195-196

<sup>1272</sup> Amador, II, 389

Pero no era únicamente el divertimento el anuncio del progreso nacional. La ciudad de México empezó a sentir la necesidad de hermosearse, para lo cual las autoridades dispusieron que los propietarios demolieran los edificios ruinosos y los paredones, al tiempo que permitieron el denuncia y la adjudicación de los solares baldíos <sup>1273</sup>.

Preocupáronse también las autoridades por la reforma de los mercados <sup>1274</sup>. El pueblo de Los Angeles (California), fue elevado a la categoría de ciudad, el 23 de mayo de 1835 <sup>1275</sup>. Mejoráronse los servicios de diligencia <sup>1276</sup>. El banco de Avío, fundado por Alamán en 1832, presentó más favorables perspectivas <sup>1277</sup>. Las legislaturas locales, trabajaban "con asiduidad", expidiendo leyes y decretos <sup>1278</sup>.

La antigua nobleza minera iba extinguiéndose y sólo lucían las damas: la marquesa de Santa Fe de Guardiola, la condesa de San Pedro del Alamo, la condesa de Alcaraz, la marquesa de Santa Cruz de Inguanzo, la marquesa de Valle Ameno <sup>1279</sup>.

Correspondiendo al progreso demográfico erigióse en 1835 el departamento de Aguascalientes <sup>1280</sup>; se facultó a los alcaldes de la república para cuidar del "buen orden y de la tranquilidad pública", autorizándoseles para presidir las sesiones de los Ayuntamientos, con lo cual quedó halagado el localismo <sup>1281</sup>. La escasez de agua obligó a entubar la de Oxtopolco <sup>1282</sup>, y el viejo barrio de Santa Ana colindante con el de Santiago, que estaba en estado de abandono, pues las inundaciones y epidemias hicieron huir a la gente, ahora se repoblaba: las acequias fueron cegadas, pues se creía

<sup>1273</sup> Decreto, Méx., enero 2, 1835

<sup>1274</sup> Marroquí, ob. cit., II, ff. 53 y 402

<sup>1275</sup> Dublán, 51

<sup>1276</sup> *Ibidem*, 18, 19

<sup>1277</sup> Sria. de Relaciones, *Memoria*, Méx., 1835

<sup>1278</sup> Martínez, ob. cit., 88

<sup>1279</sup> Vide, Mss. Prot. Calapiz, Méx., 1838

<sup>1280</sup> E. O'Gorman, *Breve Historia*, Méx., 1937, p. 78; A. R. González, *Historia de Aguascalientes*, Aguascalientes, 1905, 356

<sup>1281</sup> Sria. de Relaciones, *Decreto*, Méx., 20 marzo, 1837

<sup>1282</sup> F. Fernández del Castillo, *Apuntes para la Historia*, Méx., 1913, p. 222

que la capital se desarrollaría al norte del Distrito Federal <sup>1283</sup>.

Como los Ayuntamientos crecían en importancia, se extendió permiso legal para que sus individuos pudiesen reelegirse <sup>1284</sup>. La ciudad de México, pues, como prueba de los adelantos logrados por la república a pesar de los motines y alzamientos se dilataba en área y autoridad <sup>1285</sup> proyectándose la seguridad social para los empleados civiles <sup>1286</sup>.

Hacia más atractiva a la capital su luz y su temperie. Al mediodía del 12 de septiembre de 1833, el termómetro marcaba 22° <sup>1287</sup>.